

**PRESENTACIÓN DE “CIRCUNSTANCIAS
PERSONALES” EN EL COLEGIO DE MÉDICOS DE
MADRID**

28 DE ABRIL DE 2009

Buenas tardes y muchas gracias por haber venido.

Muchas gracias también a José Alberto Mendoza y a Adolfo Sastre por sus palabras. José Alberto, Adolfo y yo coincidimos hace no mucho en un homenaje que el Centro de Poesía Pepe Hierro le rindió a Antonio Machado.

Como ahora aquí, José Alberto presentó aquél acto con ese estilo suyo, tan cálido, tan cercano. Yo leí un poema sobre Machado. Y Adolfo trajo “el olmo hendido por el rayo” – de verdad, lo trajo - y acabada la intervención de coro del Centro – que se estrenaba en público ese día - nos fuimos todos al jardín y lo plantamos.

Tal vez alguien se pregunte cómo es posible que hayamos plantado un olmo que en 1917, cuando Machado escribió su poema, ya estaba seco. Esta es una historia que ese día me contó Manolo Romero y que no me resisto a relatar.

Y es que, al parecer, de esto hace ya bastantes años, el pediatra de las nietas de Pepe Hierro, las hijas de Margarita y de Manolo, observó que del suelo cercano al tocón del viejo olmo brotaban unos pequeños retoños. Se agachó, tomó dos, se los llevó a casa y los puso en un vaso de agua. Luego, sin mucha esperanza, depositó el vaso sobre el alfeizar de una ventana.

Para su sorpresa, la primavera siguiente aquellos retoños crecieron, cobraron nueva vida. El pediatra plantó uno en su jardín y le regaló el otro a la familia Romero-Hierro y estos lo plantaron en su patio. Y aquél retoño se adaptó, se transformó en arbolito, fue creciendo y llegó un momento en que ya no cabía en el patio.

Sus dueños se preguntaron qué hacer, se asomaron a la ventana y, al otro lado de la calle, vieron el mismo campo abierto que veían a diario. Un campo seco y pobre. Un baldío de suburbio getafeño. Allí transplantaron el olmo.

Lo observaban cada día. Lo cuidaban, lo regaban. Y al tiempo que sus hijas, aquél pequeño brote radicular – y por tanto genéticamente idéntico al originario - transformado ya en un árbol de varios metros - es decir, el viejo y joven olmo, el mismo de Machado - siguió creciendo.

Un día, casi de improviso, aparecieron camiones, mezcladoras, farolas, operarios. El Ayuntamiento había decidido, por fin, urbanizar aquella zona: acerar, adecentar, parcelar y afarolar el baldío. La familia comprendió el peligro. ¿Cómo explicar la presencia allí del olmo? Y, sobre todo, ¿cómo salvarlo,

de la “civilizadora acción” de contratistas y operarios? Había que actuar bien y rápido.

Entonces apareció Adolfo. Adolfo es abogado, hombre de negocios, promotor inmobiliario. También escribe cuentos. Pero es sobre todo, un hombre sensible y, pese a que le conozco no hace tanto, se lo puedo asegurar, un amigo de los antiguos.

Adolfo, no sé si con nocturnidad o a plena luz del día, rescató el olmo y lo transplantó en el jardín de su casa. Un esqueje de ese olmo, del viejo-joven olmo de Machado se le entregó a Antonio Gamoneda en el homenaje que hace tres semanas le rendimos en el Teatro García-Lorca. Y otro lo plantamos hace un par de semanas en el jardín del centro de poesía. Antes habíamos arrojado al hoyo la presentación de José Alberto, mi poema, y uno o dos libros más de poesía de poetas amigos que quisieron sumarse al acto.

Hubo un breve debate sobre si arrojarlos tal cual o quemarlos antes, y ganó la idea de no quemarlos. Probablemente porque la quema de libros tiene precedentes infaustos. Y, también, por que de esa forma la descomposición del papel facilitaría que, con el tiempo, los poemas, las reflexiones y las historias se incorporaran a las raíces, la savia, el tronco y las hojas futuras del árbol.

Comprenderán que en un acto organizado por el aula de poesía “El olmo” del Colegio de Médicos de Madrid, que anima desde hace años el propio José Alberto Mendoza, no haya podido resistir la tentación de contar este cuento.

Que no se acaba ahí sino que prosigue. Pero esa continuación es, cómo les diría, otra historia. Alguna vez la contaré pero no será hoy, entre otras cosas porque aún no tiene final y sin un buen final, como sabe todo aficionado al género, no hay un buen cuento.

Sí les confieso que por un momento pensé también en arrojar al alcorque del olmo un ejemplar de este libro pero desistí enseguida. Algo me dijo que, una vez leído, el poema a Machado había cumplido en cierto modo su misión pero que a “Circunstancias Personales” todavía le quedaba tarea, que aún debía “andar muchos caminos y (si podía) abrir muchas veredas”, que era pronto para permitirle pasar a mejor vida.

Desde la larga noche de las cavernas, o incluso desde antes, desde que la horda primitiva se fue alejando del bosque y se adentró en las extensas praderas africanas, contar cuentos ha ayudado a los seres humanos a humanizarse.

Mucho antes de que se inventara la escritura, contar cuentos les ayudó a nuestros antepasados a conjurar terrores y miedos, a transmitir información, a modular conductas y comportamientos, a inocular sentimientos de pertenencia o de exclusión, a perfeccionar pensamiento y lenguaje.

La semana pasada leí un opúsculo de Antoine Compañon, que empezó como ingeniero de caminos y desde hace años enseña literatura en la Sorbona. Lleva por título “*¿Para qué sirve la literatura?*” y resume muy bien las cuatro grandes razones sobre las que, a lo largo de la historia, se ha argumentado el poder de la literatura: la literatura como fuente de placer y enseñanza; la literatura como instrumento de liberación y de reunificación de la experiencia; la literatura como elemento de creación, destrucción y restauración de la lengua; y la literatura como pasatiempo, como antídoto frente al tedio.

Por u no son excluyentes, se entremezclan entre sí. Y combinadas producen ese efecto único, reflexivo y catártico, que un buen relato tiene siempre sobre nosotros. En un momento en que las distintas formas del lenguaje literario (de la poesía a la novela, pasando por el cuento o el ensayo) parecen sometidos al imparable asalto de los más recientes y avasalladores lenguajes audiovisuales, en que la venta de videojuegos sobrepasa ya en muchos países al de libros para niños, el opúsculo de Compañon,

concluye con un mensaje optimista. En palabras de Harold Bloom: *“La respuesta definitiva a ¿por qué leer? es que solo la lectura atenta y constante proporciona y desarrolla plenamente una personalidad autónoma”*

Con la literatura aprende – o disfruta, o se desarrolla – no solo quien escucha o lee; también el que cuenta o escribe. Y eso es así porque la literatura nos enseña a sentir más y mejor. Y como nuestros sentidos y sentimientos no tienen límites, la literatura no concluye jamás. Somos en la medida en que narramos y nos narramos. Y narrar y narrarnos contribuye a cambiar nuestro modo de ser. No siempre para mejor, como la experiencia de tanto intelectual cómplice de tiranías y dictaduras demuestra. Pero sí a muy a menudo.

¿Cuál es la condición para que ese efecto positivo de auto-conocimiento y auto-desarrollo de la literatura pueda darse o llegue a ser relevante?

En mi opinión esto tiene que ver tanto con la actitud de quien lee como del propósito íntimo de quien escribe aunque en ambos casos, el del escritor y el del lector, hay un sustrato común que no es otro que la empatía hacia el Otro y los Otros. Es decir, con el reconocimiento, a veces no plenamente consciente, de que el Otro y los Otros son también parte de uno mismo, de todos nosotros. De que su diversidad es la nuestra, sus virtudes y defectos los nuestros. Se trata de una riqueza que no deberíamos desaprovechar.

No todos podemos comportarnos como decía Vicente Aleixandre de Miguel Hernández cuyo centenario celebraremos el año próximo: *“Era confiado y no aguardaba daño. Creía en los (seres humanos). No se le apagó nunca, no, ni en el último momento esa luz que por encima de todo, trágicamente, le hizo morir con los ojos abiertos”*. Y escribir – añadido yo - en su cárcel de muerte y de derrota, ese monumento a la alegría, a la ternura, a la vida, que son las “Nanas de la cebolla”. En uno de los cuentos de este libro se alude, por cierto, a ello.

En todo caso, ayudar a comprender hasta qué punto esto es así, por qué y cómo, y, en consecuencia, humanizar nuestra mirada de lo humano, es otro efecto de la gran literatura.

La literatura nos ayuda precisamente porque no es pedagógica sino analógica: no da consejos, muestra ejemplos, pedazos de vida imaginados o reconstruidos – mejor sería decir imaginariamente reconstruidos - por el autor. A su modo. Sin pretensiones de validez universal. Para el uso y disfrute, que siempre es particular e intransferible, de cada lector.

Algo así he tratado de hacer en este libro. Trazar mi personal paisaje material y moral de la evolución de España desde el final de la guerra civil hasta el final del siglo. Un país que en ese periodo ha pasado de la miseria a la opulencia, del aislamiento a la globalización, sin dejar por ello de oler a fritanga y a ajo.

Y de ir variando, al mismo tiempo, los modos de narrar. Desde un estilo que podríamos llamar “neorrealista” y emparentado con la los modos y maneras de la generación del 50, a otro más subjetivo y dialogado, casi podríamos decir “posmoderno”.

Quiero creer que el cuento vive un momento de cierto resurgimiento. No estoy muy seguro pero quiero creerlo. Hace un par de semanas acudí a la presentación del numero 0 de “*Al otro lado del espejo*” que es una revista dedicada en exclusiva al cuento y que se presentó en la librería “*Tres rosas amarillas*”, una pequeña librería dedicada en exclusiva al cuento.

Esteban Gutiérrez Gómez, cuentista y agitador cultural nos presentó la revista y repitió lo que había escrito en el editorial de ese número 0, y es que las dos grandes épocas de esplendor del cuento moderno, tanto en el siglo XIX como en el XX, tienen una cosa en común: los relatos se publicaron primero en los diarios y

se convirtieron luego en libros. De ahí su alegato a la prensa escrita a favor del cuento.

Comparto eso con Esteban. Como, también, que el cuento no es un género menor, o de preparación para la novela, sino un género con entidad propia, bien adaptado, por cierto, a las exigencias de brevedad, intensidad, concisión y rapidez de lectura que caracterizan a la vida actual. ¿Qué es acaso la vida – la de verdad y la que nos contamos - sino una sucesión de cuentos o fragmentos de cuentos, mejor o peor encadenados?

Yo añadiría otra característica y es la estrecha relación que existe entre el cuento y la poesía. Una conexión que es más evidente en unas literaturas que en otras (por ejemplo, en la literatura clásica en árabe o en chino) pero que, de un modo u otro, existe en todas ellas. Quienes empezamos escribiendo poesía antes que relatos sabemos que hay poemas que de pronto se te alargan, te piden argumento, definición de situaciones,

caracterización de personajes, final y principio; es decir, se transforman en cuentos.

En las literaturas occidentales hay grandes poetas que fueron también grandes cuentistas. La inversa resulta, sin embargo, mucho menos frecuente. No es fácil mantenerse en ese terreno, indefinible e inestable, del que brotan a la vez poesía y cuento. Y una vez que se abandona resulta muy difícil regresar a él. “*La poesía*” afirmaba Lorca “*no quiere adeptos quiere amantes*”. Y como las amantes apasionadas, castiga con severidad las traiciones.

Quiero creer que en “Circunstancias Personales” sigue habiendo algo de buena poesía además de una prosa aceptable. Como la hay, a mi juicio, en dos libros de relatos que han sido mis referentes durante años y que de un modo indirecto, como sucede con las influencias que cuentan, me han servido de modelo: “Winesburg, Ohio” de Sherwood Anderson y “Dublineses” de James Joyce.

Pero más allá de cualquier disquisición sobre la importancia de la literatura y el papel de los cuentos está la vida. Ese impulso de perpetuación de nosotros mismos a través de las culturas y las lenguas, que hizo que hace una semana en la noche blanca de Madrid, siguiendo un impulso que tenía mucho de autoafirmación individual y colectiva, miles de personas salieran a la calle, entraran en institutos, círculos, librerías y bibliotecas para leer, en voz alta y ante amigos, vecinos y desconocidos, párrafos de El Quijote, poemas de poetas conocidos y menos conocidos, cuentos antiguos y modernos.

El mismo impulso que hace unos días le llevó a una amiga a la que había invitado venir esta noche a escribirme el siguiente mensaje: *“Estimado Alberto: gracias por la invitación, pero me es completamente imposible moverme entre semana a Madrid (salgo de la facultad a las 21 horas y me esperan mis hijos ansiosos para que les cuente el cuento de antes de acostarse)”*

Leyéndolo recordé cómo su madre y yo les leíamos poemas y cuentos a nuestros hijos antes de dormirse, y como ellos que acaban de hacerme abuelo hace bien poco, ya andan coleccionando libros de nanas y cuentos para cuando les toque. Y pensé que mientras haya hijos que esperan oír un cuento antes de dormirse y madres y padres dispuestos a contarlo, la literatura seguirá siendo imprescindible.

No estoy seguro que este sea un libro imprescindible pero sí me gustaría que les acompañara y entretuviera tanto al leerlo como a mí me acompañó al escribirlo.

Muchas gracias